

**LOS
HORNOS
DE
HITLER**

**LOS
HORNOS
DE
HITLER**

Olga Lengyel



Título original: *Hitler's Ovens*
Traducción: Andrés Ma. Mateo

Adaptación de portada: Vivian Cecilia González García

© 1955, 1961, Olga Lengyel

Derechos reservados exclusivos en español para todo el mundo,
publicado mediante acuerdo con Memorial Library, New York, USA

© 2010, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial DIANA M.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111, 2o. piso
Colonia Chapultepec Morales
C.P. 11570 México, D.F.
www.editorialplaneta.com.mx

Primera edición publicada en español: noviembre de 1961
Primera edición en esta presentación: octubre de 2010
ISBN: 978-607-07-0555-7

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la portada,
puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna
ni por ningún medio, sin permiso previo del editor.

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.
Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, México, D.F.
Impreso y hecho en México – *Printed and made in Mexico*

Capítulo 1

8 CABALLOS... O 96 HOMBRES, MUJERES Y NIÑOS

¡Mea culpa, fue por culpa mía, *mea máxima culpa!* No puedo acallar mi remordimiento por ser, en parte, responsable de la muerte de mis padres y de mis dos hijos. El mundo comprende que no tenía por qué saberlo, pero en el fondo de mi corazón persiste el sentimiento terrible de que pudiera haberlos salvado, de que acaso me hubiese sido posible.

Corría el año 1944, casi cinco después de que Hitler invadió Polonia. La Gestapo lo gobernaba todo, y Alemania se estaba refocilando con el botín del continente, porque dos tercios de Europa habían quedado bajo las garras del Tercer Reich. Vivíamos en Cluj,¹ ciudad de cien mil habitantes, que era la capital de Transilvania. Había pertenecido antes a Rumania, pero el Laudo de Viena de 1940 la había anexionado a Hungría, otra de las naciones satélites del Nuevo Orden. Los alemanes eran los amos, y aunque apenas era posible abrigar esperanza ninguna, no sentíamos, sólo rezábamos porque el día de la justicia no se retrasase. Entre tanto, procurábamos apaciguar nuestros temores y seguir realizando nuestros quehaceres diarios, evitando, en lo posible, todo contacto con ellos. Sabíamos que

¹ Los alemanes la llamaban Klausenburg; los húngaros, que fueron sus dueños con anterioridad al año 1918 le habían puesto el nombre de Kolozsvár.

estábamos a merced de hombres sin entrañas —y de mujeres también, como más tarde pudimos comprobar—, pero nadie logró convencernos entonces del grado auténtico de crueldad a que eran capaces de llegar.

Mi marido, Miklos Lengyel, era director de su propio hospital, el Sanatorio del Doctor Lengyel, moderno establecimiento de dos pisos y setenta camas, que habíamos construido en 1938. Cursó sus estudios en Berlín, donde consagró mucho tiempo a las clínicas de caridad. Ahora se había especializado en cirugía general y ginecología. Todo el mundo lo respetaba por su extraordinario talento y consagración a la ciencia. No era hombre político, aunque comprendía plenamente que estábamos en el centro de un verdadero *maelstrom* y en peligro constante. No tenía tiempo para dedicarse a otras ocupaciones. Con frecuencia veía a ciento veinte pacientes en un solo día y se dedicaba a la cirugía hasta bien entrada la noche. Pero Cluj era una comunidad dinámica y progresista, y nos sentíamos orgullosos de representar a uno de sus principales hospitales.

Yo también estaba consagrada a la medicina. Había estudiado en la Universidad de Cluj y me consideraba con méritos para ser la primera asistente quirúrgica de mi marido. La verdad era que yo había contribuido a terminar el nuevo hospital, poniendo en su decoración todo el cariño que siente la mujer por el color; y así había alegrado las instalaciones en la manera más avanzada.

Pero, aunque tenía una carrera, me sentía más orgullosa todavía de mi pequeña familia, integrada por dos hijos, Thomas y Arved. Nadie, pensaba yo, podía ser más feliz que nosotros. En nuestro hogar residían mis padres y también mi padrino, el profesor Elfer Aladar, famoso internista, dedicado al estudio e investigación del cáncer.

Los primeros años de la guerra habían sido relativamente tranquilos para nosotros, aunque oíamos con temor los relatos interminables de los triunfos de la *Reichswehr*. A medida que asolaban más y más territorios, iban disminuyendo los médicos y, especialmente, los cirujanos capaces de servir a la población

civil. Mi marido, aunque prudente y bastante circunspecto, no hacía gran esfuerzo por ocultar ni disimular sus esperanzas de que la causa de la Humanidad no podría perderse del todo. Naturalmente, sólo hablaba con libertad a las personas de su confianza, pero había almas sobornables en todos los círculos y nunca podía saberse quién iba a ser el próximo “espía”. Sin embargo, las autoridades de Cluj lo dejaron en paz.

Ya en el invierno de 1939, observamos un indicio de lo que estaba ocurriendo en los territorios ocupados por los nazis. Por entonces, brindamos refugio a numerosos fugitivos polacos, que se habían escapado de sus hogares después de haberse rendido los ejércitos de su patria. Los escuchábamos, les dábamos alientos y los ayudábamos. Pero, a pesar de todo, no éramos capaces de dar crédito total a lo que nos contaban. Estos individuos estaban llenos de resentimiento y deshechos moralmente: sin duda, debían de exagerar.

Hasta 1943 no nos llegaron relatos estremecedores de las atrocidades que se estaban cometiendo dentro de los campos de concentración de Alemania. Pero, al igual de tantos como me escuchan a mí hoy, no nos cabían en la cabeza tan horripilantes historias. Seguíamos considerando a Alemania como una nación que había dado una gran cultura al mundo. Si aquellas historias eran verídicas, indudablemente tenían que haber sido perpetradas por un puñado de locos; era imposible que se debiesen a una política nacional y que constituyesen parte de un plan de dominio y supremacía mundial. ¡Qué equivocados estábamos!

Ni siquiera cuando un comandante alemán de la *Wehrmacht*, a quien habían aposentado en nuestra casa, nos hablaba de la ola de terror que su nación había desencadenado sobre Europa, fuimos capaces de darle crédito. No era un hombre que careciera de estudios, por eso estaba yo convencida de que trataba de asustarnos. Intentamos vivir separados de él, hasta que una noche nos pidió que lo admitiésemos en nuestra compañía. Por lo visto, no buscaba más que tener alguien con quien hablar, pero cuantas más cosas nos contaba, mayor era el rencor y

la amargura que dejaba en nuestras almas. Por todas partes, declaraba, las gentes sometidas lo miraban con ojos llenos de odio. ¡Y sin embargo, de su familia no recibía más que constantes quejas, porque no les enviaba suficiente botín! Otros soldados, tanto rasos como oficiales y clase de tropa, mandaban a su casa numerosas joyas, ropa, objetos de arte, y alimentos.

Nos habló del sistema alemán, que estos aplicaban en cada país que ocupaban, con bastante éxito. Empezaban a aplicarlo con los hebreos, haciendo creer a los cristianos que la Gestapo perseguía únicamente a los judíos. También hacían creer a la gente que aquel que cooperara con los alemanes podía quedarse con las pertenencias de los judíos. Un método efectivo de transformar ciudadanos en colaboradores. Pero una vez que los hebreos eran deportados a los campos de concentración, los alemanes se apoderaban de todos los bienes que encontraban en sus casas, y en camiones enviaban todo a Alemania, olvidándose sencillamente de lo que habían prometido a sus colaboradores.

Seguía diciendo que después de la ocupación de los primeros países europeos, los alemanes temían que al saber lo que les había ocurrido a sus vecinos, los habitantes del país recientemente ocupado se resistirían a caer en su señuelo, pero la realidad comprobó que la gente no siempre daba crédito a los “cuentos fantásticos” que le contaban, y creían con optimismo que lo que había pasado en otro país no les podía suceder a ellos.

Decía que la persecución de los hebreos se hizo abiertamente, pero a los cristianos se les persiguió usando cierta discreción. Esto último se realizaba por secciones especiales del gobierno alemán, una de ellas llamada Departamento de Iglesias Cristianas. Los representantes de estas secciones operaban conjuntamente con el ejército de ocupación como operaban también los representantes de la Solución Final en la eliminación de hebreos y elementos políticos indeseables.

El poder del Vaticano —continuaba— y la influencia del Papa molestaban a Hitler grandemente, así que después de los judíos, el blanco de los alemanes eran los católicos. Wotan, el

horrible dios tuerto pagano de los alemanes, era muy celoso y no toleraba la competencia de un Dios cristiano. ¡Las monjas, los sacerdotes y los líderes cristianos tenían que desaparecer! Eran acusados de sabotaje, actividades antigermanas, etcétera, y la Gestapo los llamaba a declarar. Una vez en manos de la Gestapo, nunca se les daba la oportunidad de probar su inocencia.

No solamente las monjas eran llevadas al cautiverio —nos contaba el mayor — sino que también sus protegidos, los niños que cuidaban en orfanatorios y escuelas eran tomados súbitamente durante la noche por los alemanes para evitar ser vistos. Los prisioneros eran enviados a los innumerables campos de concentración diseminados en Europa ocupada, o simplemente enviados directamente a la muerte.

Nos decía que los alemanes nunca usaban las palabras asesinato o muerte por gas. Simplemente se concretaban a escribir al lado de los nombres de sus prisioneros las aparentemente inofensivas definiciones de *Tratamiento especial*, *Liquidación*, *Recuperación*, *Experimentación*, *Solución final*, etcétera. Cada una de estas inofensivas definiciones significaba una muerte horrible.

Con este sistema, miles de cristianos civiles desaparecían semanalmente de los países ocupados en Europa. Nadie sabía su destino. Los periódicos tenían prohibido publicar listas de los prisioneros o desaparecidos. No se hacía ninguna publicidad respecto de las actividades de la Gestapo.

Quizás para justificar la matanza de millones y millones de inocentes en países ocupados en Europa, el mayor alemán nos contaba por qué y cómo Hitler mataba alemanes arios. De acuerdo con la ideología nazi,² los alemanes eran *arios*, descendientes de una raza caucásica superior sin mezcla alguna,

² Nazi, palabra que se forma con la abreviación de las dos primeras sílabas de *Nazionalsozialistische Partei* (Partido Nacional Socialista de los Trabajadores Alemanes). Dicho Partido fue fundado con ideas fascistas en el año de 1919. Hitler se convirtió en su director desde 1921.

especialmente con la raza arábica o judía. En resumen, una raza “pura”, sin lazos semíticos.

El nazismo,³ a su vez, excluía el cristianismo. Una nación “superior racialmente” con aspiraciones como la alemana, no podía aceptar un Dios que es bondadoso, generoso y tolerante. Los germanos necesitaban un dios pagano que aceptara los crímenes, las torturas e inhumanidades, un dios que hiciera de sus acciones bárbaras su doctrina. De acuerdo con estas doctrinas, fundadas en las tradiciones de los antiguos dioses paganos, los alemanes de Hitler celebraban sus ritos bajo el cielo abierto. Sus ceremonias matrimoniales tenían lugar frente a la gran efigie de piedra de Wotan, que en los antiguos días de los teutones fue el altar donde le ofrecían los sacrificios.

Con objeto de conservar una nación fuerte, Hitler usó un antiguo sistema griego. Los antiguos griegos lanzaban al precipicio desde la cima de la montaña Taygetos a todos aquellos niños que nacían inválidos o de apariencia física débil. El *Führer* aplicó una versión moderna de este método entre los adultos de los *alemanes arios*. El mayor decía que todos aquellos incapacitados para el trabajo, o inválidos, o que padecieran serias enfermedades como tuberculosis, cáncer, o los enfermos mentales, eran declarados incurables y enviados al “tratamiento de recuperación” a diferentes hospitales. La oficina central de los médicos encargados de estos tratamientos estaba en un hospital situado en Brandenburg, cerca de Berlín. Ya en el hospital, eran sometidos a la *eutanasia*, muerte producida inyectándoles veneno. El sistema de la eutanasia también era denominado T-4, abreviatura tomada de la dirección de la Cancillería de Hitler:

³ El nazismo representa las doctrinas económicas y políticas establecidas y llevadas a efecto por el Partido Nacional Socialista de los trabajadores alemanes en el Tercer Reich. Incluye el *principio totalitario* de gobierno—control gubernamental de toda industria—, el predominio de ciertos grupos declarados racialmente superiores y la completa supremacía de su *Führer*, Hitler. El gobierno totalitario de Alemania reconocía solamente un Partido, el Partido Nazi (*N. del T.*)

4 *Tiergarten Strasse*. También usaban gas letal para matar a los pacientes. El gobierno alemán dio el nombre supuesto e impresionable de “Fundación de caridad para tratamientos institucionales” al cuerpo de médicos encargados de estas actividades. Por orden especial de Hitler, la práctica de la eutanasia fue declarada legal en Alemania y en los territorios ocupados por los alemanes.

Hacia finales de la década de los años treinta, alrededor de 100 mil alemanes arios fueron exterminados con veneno inyectado. Se falsificaron certificados de locura, y eran expedidos al mayoreo para aquellos que estuvieran casados o mantuvieran relaciones con no germanos. Se inició una feroz persecución contra los *Mischlings*, que eran mitad judíos. Miles y miles de ellos fueron castrados, o enviados a campos de concentración o asesinados.

La Iglesia protestó ante la práctica de la eutanasia. El arzobispo Von Gallen, el cardenal Faulhaber y otros miembros importantes del clero condenaron abiertamente esta práctica inhumana desde sus púlpitos. El temor se adueñó de la población al saber que los asesinados eran arios puros y alemanes. No por temor a la Iglesia, sino por pura conveniencia, el gobierno alemán suspendió temporalmente los asesinatos con veneno inyectado, y reanudó más tarde secretamente estas prácticas.

Escuchando las interminables historias terroríficas que el mayor nos relataba, me pregunté qué sería exactamente lo que este hombre quería de nosotros. No sabía si quería asustarme o volverme loca. Le miré con horror e incredulidad, cosa que lo irritó visiblemente. Probablemente ésta fue la razón por la cual cambió el tema de su conversación y empezó a hablarme de mi familia y mis amigos. Esbozando una sonrisa diabólica, mencionó una lista que vio en el cuartel general de la Gestapo en la que aparecía el nombre del doctor Lengyel. Mencionó que al lado del nombre de mi esposo había una nota especial, escrita por el jefe de la Gestapo, que decía que mi esposo debía ser prontamente “eliminado”, así como aquellos señalados por la “quinta columna”. El mayor también mencionó que el doctor

Osvath, médico que prestaba sus servicios en nuestro hospital, también “proporcionaba sus servicios” a los alemanes.

La “quinta columna” jugaba un papel importante en la maquinaria alemana. Sus miembros obtenían información sobre gentes importantes, sus opiniones y actividades con respecto a los alemanes, previamente a la ocupación de algún país. En dichas investigaciones se incitaba a las personas a discutir, anotando sus declaraciones y los nombres de los investigados.

Entonces recordé que el doctor Osvath frecuentemente tomó parte en las discusiones que diariamente tenían lugar en la sala de preparación previa a las intervenciones quirúrgicas. En esa sala el doctor Lengyel y sus ayudantes se aseaban y desinfectaban, un procedimiento que les tomaba bastante tiempo. Médicos de la localidad aprovechaban esto para iniciar discusiones de carácter íntimo con ellos. Hablaban de sus problemas médicos, pedían consejo al doctor Lengyel para el tratamiento de sus pacientes, y también hablaban de política. En dichas ocasiones, el doctor Lengyel con frecuencia sugirió que se boicotaran los productos alemanes, y que los médicos no compraran medicamentos, equipo médico o instrumental de los alemanes. También expresó que esperaba que nosotros, los húngaros, nos uniríamos para luchar contra los nazis, como lo habían hecho siempre en el pasado cuando Alemania trató de esclavizarlos.

Oyendo hablar al mayor, me pregunté cómo y por qué mi esposo había sido incluido en la lista de quintacolumnistas. ¿Acaso había sido acusado por alguien como enemigo del Tercer Reich? ¿Sería Osvath? ¿Era un colaborador? ¿Sería posible que Osvath fuera un miembro de la quinta columna? No podía creerlo. Osvath tenía relaciones amistosas con nosotros y nos hería profundamente la forma en que el mayor se expresaba de él, sin explicarme qué razones tenía para mentir así acerca del colega de mi esposo. ¡Qué atrevimiento difamar en esa forma a un colega de mi esposo! Cuando él siempre le demostró lealtad y respeto al doctor Lengyel. El doctor Osvath era un buen médico, a quien mi esposo ayudó considerablemente en

su profesión. Tenía cuatro niños, su esposa esperaba al quinto, era definitivamente un respetable hombre de familia. Y estaba muy lejos de parecerse a la imagen de bajeza que el mayor nos había trazado de él.

Parecía que el mayor alemán nunca terminaría de hablar, y lo que es peor, yo tenía que seguirlo escuchando. Lo que más me impresionó fue el odio que sentía contra él mismo al relatar las marchas de sus tropas por caminos literalmente flanqueados por cuerpos de los ahorcados. Llegué a pensar que este hombre estaba ebrio o loco, aun cuando sabía que no era así. Habló de camiones construidos expresamente para matar prisioneros con gas; de los enormes campos dedicados exclusivamente a la exterminación de millones de civiles. No podía dar crédito a lo que oía. ¿Quién iba a creer semejantes historias?

Cuando finalmente el mayor alemán se puso de pie, nos sentimos aligerados de la tensión que nos embargaba, pero no dio por terminada su visita, y nos pidió algo para beber. Mi esposo sacó de la cantina una botella de *Tokay Aszu*, un vaso, y los colocó sobre la mesa. El mayor miró interrogativamente el único vaso y luego a mi esposo. El doctor Lengyel le retuvo la mirada con firmeza. Entonces el alemán comprendió que nos rehusábamos a acompañarlo a beber.

El mayor abrió la botella y llenó su vaso con el vino rojo, tomándose de un golpe. Después, volvió a llenar el vaso, dejándolo en la mesa. Se dirigió lentamente hacia un rincón del cuarto donde estaba colocada una preciosa antigüedad sobre una pesada columna de mármol: era una imagen de Jesús. Pasó frente a ella varias veces, mirándola cuidadosamente. Era ésta una escultura de origen latino que fue legada a mi familia por un amigo, coleccionista de antigüedades, quien murió en París durante la Revolución francesa de 1848. El rostro de Jesús era de una magnificencia artística tal que lo representaba divino y humano a la vez. Demostraba el sufrimiento, la comprensión y la bondad juntas, una expresión que posiblemente tendría la cara de Jesús durante la procesión del Gólgota en Jerusalén.

Después de que el mayor terminó el escrutinio de la imagen, se dirigió a la mesa, a tomarse su vaso de vino, pensábamos. Pero en lugar de esto, levantó su vaso y chocando sus tacones, brindó *¡Heil Hitler!*, con un tono de voz que podría ser lo mismo auténtico que sarcástico, y con toda su fuerza lanzó el vaso a la escultura de Cristo. Por alguna extraña razón el impacto no dio perfectamente en el blanco, y su golpe fue detenido por la corona de espinas que ceñía la cabeza del Redentor. El vino, rojo como sangre, escurría desde la cabeza de Jesús, manchándole el torso, hasta caer finalmente al pie de la estatua, donde ésta tenía una inscripción en español: *Jesucristo, salva nuestras pobres almas*, llenando de grandes manchas la alfombra.

Después de su acción sacrílega, el mayor tomó la botella de vino que estaba en la mesa y sin decir una sola palabra salió de la habitación. Al salir el mayor, comentamos lo increíble de las historias que nos había contado. ¡Qué lúgubre imaginación debía tener este hombre para inventar tales horrores! Nadie podía creer en la veracidad de los relatos de un hombre así. ¡Era un pobre fantasma que había vendido su alma al diablo y estaba en guerra con su conciencia!

□ □ □

Esa noche, después de que el mayor se fue, el doctor Lengyel y yo nos dirigimos al hospital por una puerta que conectaba nuestra casa con éste. Mi esposo, para realizar una operación fijada para esa hora, y yo para dar las buenas noches a mis seres queridos. Mi padre y mi padrino estaban muy enfermos en nuestro hospital. A ambos se les habían practicado sendas operaciones recientemente. A mi padre le habían extraído un riñón, y le habían efectuado también ciertas operaciones en las vías urinarias. Se encontraba en vísperas de ser operado nuevamente, sin embargo, confiábamos en que su recuperación sería cosa segura. Mi padrino, quien dedicó gran parte de su vida a investigaciones de enfermedades del estómago y del cáncer, por ironías de la vida sufría él mismo de cáncer. Todos sabíamos

que sus días estaban contados. Estaría entre nosotros quizás unas semanas, quizás uno o dos meses más. Todos deseábamos fervientemente que en sus últimos días se viera librado de sufrimientos físicos o morales. Para nosotros era un desconuelo saber que mi padrino conocía la naturaleza de su mal y el fin que le esperaba. Pero siempre demostró un valor a toda prueba, nunca se quejaba de sus dolores y siempre estaba sonriente delante de nosotros. Muchas veces hice yo misma acopio de valor para no romper en amargo llanto en su presencia.

Mi padre estaba dormido cuando llegué a su lecho. Sentada en una silla, mi madre leía un libro. Como no quería despertarlo, pasé de largo dirigiéndome a donde se encontraba mi padrino. La hermana Esther, de la Orden de las Trabajadoras Sociales de Dios, que a diario lo visitaba, se encontraba junto a él, rezando. Los ojos de mi padrino estaban cerrados, y con desolación noté que su cara, enmarcada por su hermoso cabello blanco, se había adelgazado más en los últimos días, y se veía también más pálida. Su frente lucía más dominante, su nariz más afilada y sus delgados labios más pálidos. Su expresión hablaba de sufrimientos, de resignación y de un dulce sentimiento de reconciliación. Era como si la expresión le viniera de muy, muy lejos.

Cuando abrió los ojos, el profesor Elfer, sonriendo, me invitó a sentarme cerca de él y de la hermana Esther. Ambos esperábamos con ansiedad las noticias que nos traía la hermana Esther. En esos días, los periódicos no hablaban de otra cosa que no fueran las victorias del “glorioso ejército alemán”, y publicaban las órdenes dictadas por las autoridades alemanas a los civiles acerca de lo que se nos permitía o prohibía hacer. Los radios que transmitían estaciones extranjeras eran confiscados. A los que se les encontraba un radio de este tipo eran arrestados o deportados. Así que nuestra información se limitaba a las noticias que nos traían los visitantes. Estas noticias generalmente empezaban: —Me dijo X, y a él se lo dijo Y... Aceptábamos esa información con reserva, pues confirmarla era imposible.

Sin embargo, las noticias que nos daba la hermana Esther eran fidedignas. La orden a la que ella pertenecía sostenía un hotel familiar a donde mujeres jóvenes solas podían ir a vivir. Actualmente se encontraba ocupado por el ejército alemán y las hermanas se vieron forzadas a servir a los alemanes. Gracias a encontrarse entre oficiales alemanes y en el corazón de la ciudad, la hermana Esther podía oír y ver mucho más que cualquier otra persona. Cada día, cuando llegaba a su visita diaria, la acosábamos a preguntas, y como de costumbre, las noticias no eran nada halagadoras. Nos informó que ese día había visto en las calles por primera vez a los hebreos, viejos, jóvenes y niños, llevando la obligada estrella de David en color amarillo en el lado izquierdo de sus vestiduras. No se les permitía hacer uso de los autobuses o los taxis, y podían salir a la calle a determinada hora por un corto periodo a comprar comida racionada en una tienda designada para tal propósito. También a los cristianos les impusieron los alemanes ciertas restricciones. No se les permitía salir de sus casas de 8:00 p.m. a las 7:00 a.m. Aquellos que desobedecían estas órdenes eran fusilados sin previa averiguación.

Las noticias fidedignas que nos traían nuestros amigos eran más y más alarmantes cada día. Los soldados alemanes violaban a las colegialas cuando se dirigían a sus casas, a mujeres jóvenes saliendo de la iglesia o de las tiendas o de los lugares donde trabajaban. En la presencia de sus padres o esposos, jóvenes aldeanas que vendían verduras en los mercados, eran secuestradas por los soldados alemanes con el mismo fin.

Una joven pareja que surtía al hospital de flores frescas varias veces por semana, y que se dedicaba a la horticultura en las afueras de Cluj, fue encontrada muerta en el camino. La mujer esperaba un niño y estaba en el séptimo mes de embarazo.

Al dirigirse en su carreta a la ciudad fueron detenidos en el camino por los soldados alemanes. Cuando el esposo trató de defender a su mujer de ser violada, lo mataron. Después de haberla mancillado, los soldados la asesinaron a ella también.

Otro visitante asiduo de mi padrino era el doctor Hajnal Imre, antiguo alumno suyo en la Universidad de Cluj. El doctor Hajnal estaba a cargo del Hospital Rokus en Budapest, donde fue nombrado profesor universitario y director de la Clínica Universitaria para Enfermedades Internas en Cluj. Ésta era la misma universidad en la que mi padrino impartía clases, y de la cual también fue rector.

Este profesor nos informó que los alemanes no solamente importunaban a las mujeres en las calles, sino que tampoco respetaban la intimidad de sus hogares. En grupos irrumpían en los hogares y violaban a las mujeres de familias respetables. Los hombres que se atrevían a defenderlas eran muertos inmediatamente. Diariamente eran traídas a su clínica en ambulancias mujeres y niñas en estado deplorable. Entre las innumerables historias que nos relataba el doctor Hajnal, repetiré aquella del director de la estación en Dej, una ciudad que se encuentra a dos horas aproximadamente de Cluj.

El día anterior, expresó el doctor, veintiún soldados alemanes golpearon fuertemente a la puerta de la casa del jefe de la estación. Al rehusar abrir, derribaron la puerta y lo golpearon hasta dejarlo inconsciente. Después, los veintiún hombres violaron a su esposa y a sus cuatro hijas. No tuvieron ni siquiera compasión de la pequeña de nueve meses de edad que pereció instantáneamente. Las niñas de cinco y ocho años murieron en la ambulancia. La madre y la hija mayor llegaron con vida a la clínica, en estado de gravedad.

□ □ □

Por su enfermedad, el profesor Elfer necesitó estar en la cama alrededor de un año, y miembros del clero le visitaban con frecuencia. Llevaban relaciones amistosas con él, y mi padrino solía bromear al respecto, expresando que intercambiaban servicios profesionales, pues mientras él les cuidaba la salud del cuerpo, ellos le cuidaban la salud del alma, y que salía ganando en el trato.